

ción, quizá, de "Royal Flash" o "Los cuatro mosqueteros").

"Los primeros golpes..." se encuentra a caballo entre las mejores y las peores de esta segunda etapa de Lester (lejos ya los tiempos ejemplares de las películas con los Beatles o "The Knack"). Esta última película suya estrenada en España contiene secuencias maestras (el asalto al tren) y momentos vacíos (como la visita a la casa de Butch Cassidy), sin duda debido al guión, porque salta a la vista que Lester no se ha molestado demasiado en inventar arreglos a los momentos flojos, y, sin embargo, en mejorar cuanto pueda aquellos que están más cerca de su estilo habitual. Y cuando Lester inventa, desarrolla ese agudo sentido del humor cercano al absurdo, que en esta ocasión reincide en la desmitificación de los clásicos personajes del Oeste. El miserabilismo de los héroes es algo que le fascina ("Robin y Mariam" es su obra maestra en este sentido), y no duda en insistir en su ingenuidad, su miedo y sus blandos sentimientos. Porque, por encima de la mitología que el cine americano nos ha impuesto con el "western", el heroico mundo del Oeste debió ser más parecido a lo que Lester plantea, aunque él tenga la pequeña trampa de jugar con anacronismos, es decir, con el juego simple de hacer aparecer grotesco lo que cualquier tiempo anterior contiene como tal. Son estas, sin embargo, pequeñas y licitas licencias que se separan del guión original, y que dan a la película su interés y su diversión. ■ DIEGO GALAN.

"Los primeros golpes de Butch Cassidy y Sundance", de Richard Lester.



## "La profecía maldita"

Este moderno cine de terror con el que ahora se abarrotan nuestras pantallas está tratando de plantear todos los problemas



"La profecía maldita", de John Frankenheimer.

del momento para que el espectador quede interesado por una razón y otra. John Frankenheimer, en esta "profecía" (calificada de "maldita" en España para que no se confunda con la "profecía" a secas ya estrenada aquí), se lanza a tres temas de evidente actualidad: la situación marginal de los indios de la reserva (y con ello a la de todas las minorías), la corrupción del medio ambiente por las industrias "modernas" y el aborto. Conjugados en un hábil pero viejo guión, esos temas pretenden quedar resueltos; y si en el del aborto no toma demasiado partido, la película tiene un final tan ambiguo que no es difícil prever la posibilidad de una segunda parte, donde la honesta esposa que siente "cómo el niño se mueve aquí dentro y quiere vivir", parirá un monstruo y volveremos a tener película de miedo para la próxima temporada. Si alguien no lo remedia, claro. Porque esta primera parte es tan vieja y tan tramposa que el miedo que da es que no se acabe nunca. Mucho monstruo y mucha explicación ecologista, pero para lo de siempre: que los malos mueran, que los buenos se salven, que los personajes secundarios sirvan para lo que están, que

las "denuncias" sean de pacotilla —superficiales y oportunistas—, que las músicas aterren a los espectadores (que, por lo que yo he visto, se ríen más de lo que Frankenheimer desearía), y que, a fin de cuentas, uno no termine de creerse nada de lo que ha visto. Porque que los monstruos que vienen matando desde hace tiempo no salgan a la luz hasta que el rubio protagonista aparezca por esa selva, es algo raro. Como raro parece que el mercurio asesino infiltrado en el río no destruya tanto como la película explica, o que se dejen monstruos con vida para sucesivas aventuras. Raro e inexplicable todo, menos que "La profecía maldita" viene a apuntarse a una moda rentable (muchos dicen que imitando a "Alien", de próximo estreno en España), y que para conseguir las recaudaciones necesarias no se necesita demasiada imaginación, medios ni talento. Hasta que el público se entere de cuáles son las buenas o las malas películas, la taquilla ha engordado lo necesario. ■ D. G.

## DISCOS

### Un cuento de hadas

Surgidos providencialmente en 1978, cuando la marabunta del "punk rock" se diluía en el

movimiento más amplio de la Nueva Ola, Dire Straits han servido como maravillosa coartada para el sector más senil y conservador del público "rockero". Ahí estaba un grupo que, rechazando los más obvios golpes promocionales, había conseguido pasar de la más completa oscuridad al estrellato internacional en cuestión de meses. Un grupo estrictamente de música, sin los enojosos lemas existencialistas o las proclamas nihilistas que eran de rigor en los últimos tiempos. Un grupo de músicos sin pretensiones de profetas o estrellas, cuya tónica general es la discreción en apariencia y presentación (sus portadas son tan "low key" que parecen salidas de los diseñadores del sello alemán ECM). Un grupo confortablemente reconocible, basado en rancieros estilos rurales norteamericanos, donde lo único carismático es Mark Knopfler, que, a pesar de su "normalidad", enlaza con la honorable tradición de los superguitarristas: cataratas de notas frescas y brillantes, extraídas de la Fender a dedo —sin púa—, con una limpieza que recuerda a Hank Marvin o James Burton, y que le convierten en un Hombre Poseído en sus actuaciones. Así es como Dire Straits se han convertido en arma arrojada, en ejemplo de Bondad contra el feísmo y la agresión de los Bárbaros que aparecieron simultáneamente en Londres.

Triste destino del que los Dire Straits no son en absoluto responsables: nada tienen que ver con esas maniobras de los nostá-

Dire Straits.

